

V / CLASE TRABAJADORA, TERRITORIO Y RECOMPOSICIÓN DE LA CONDICIÓN OBRERA

Juan Montes Cató, Marcelo Delfini, Ana Drolas,
Walter Bosisio, Lucas Spinosa y Lissette Fuentes

1. INTRODUCCIÓN

En el libro *Repensar la condición obrera*, Stéphane Beaud y Michel Pialoux abordaban los procesos de transformación del trabajo a partir de los cambios productivos, las expectativas profesionales de las nuevas generaciones y la ruptura en las identificaciones sociales y políticas tomando como base una investigación desarrollada por diez años en una fábrica automotriz y su entorno territorial en Francia. En nuestro país esas reflexiones se difundieron ampliamente en un contexto de profunda degradación del mercado de trabajo y de una fuerte ofensiva del capital que operó en el plano material y simbólico imponiendo cambios en la organización del trabajo y buscando intervenir en los procesos de identificación obrera y en la construcción de clivajes políticos.

En este capítulo recuperamos el registro de análisis de ese texto en cuanto inspira una mirada comprensiva del mundo del trabajo, donde los procesos materiales, las luchas sociales y los anclajes ideológicos se combinan para producir lo social. En segundo lugar, el texto aborda el análisis comparativo de material empírico de primera mano objetivado en el seguimiento de una experiencia territorial, sobre las prácticas de organización y lucha en un barrio marginado del partido de La Matanza, Provincia de Buenos Aires. Este barrio es pensado como expresión emergente de aquellos territorios excluidos de los grandes circuitos de circulación del capital, a la vez articulados entre sí a partir de las largas cadenas de valor que produce el capitalismo global destinando a algunos de ellos a un lugar marginal. Estos espacios de exclusión reproducen y profundizan los procesos de expulsión del mercado de trabajo aunque habilitaran otros circuitos laborales altamente precarizados e inestables combinados con diversos programas sociales.

En este marco, este artículo tiene como objetivo analizar los cambios y continuidades que se desarrollaron en un barrio popular del partido de la Matanza entre los años 2003 y 2013, tanto en lo que se refiere al mercado de trabajo como a las condiciones de vida de sus residentes. La pregunta central

se orienta a comprender en qué medida el crecimiento económico y las políticas estatales de los últimos 12 años impactaron en las condiciones de existencia de una población considerada paradigmática de la situación vivida en áreas urbanas de alta densidad poblacional e históricamente excluidas.

El territorio se impone así como clave analítica junto con el trabajo: abarcamos los declives y las formas de recomposición producidas en las condiciones de vida del barrio estudiando su evolución. Se trata del Barrio Nicole; constituido por 1500 hogares con aproximadamente 6.000 habitantes, y cuyo casco residencial originario está conformado por viviendas sociales, en su mayoría precarias. Para caracterizar los cambios producidos, sus mejoras y sus límites se compara en este trabajo un censo de 2003 con una encuesta representativa de 2013, lo cual permite delinear el impacto sobre el territorio de los procesos de redistribución de la riqueza observados a partir de 2003 en la Argentina. Este análisis sobre las condiciones habitacionales, de inserción en el mercado de trabajo y las estrategias de supervivencia parte de ciertos rasgos estructurantes de la organización social. Se estudia la organización 26 de Julio, que desarrolla actividades políticas en el barrio, lo que nos permitirá acceder a su dinámica desde la comprensión política.

La vinculación con el territorio y el espacio constituyen una marca de origen que condiciona gran parte del crecimiento del barrio y definen sus déficits; por ello situamos primero algunas coordenadas de los procesos territoriales y de segregación urbana. Seguidamente, abordamos en qué medida esas marcas del entramado urbano se fueron modificando durante los diez años del *kirchnerismo* y su vinculación con ciertas mejoras en el mercado de trabajo. A partir de allí interpretamos otros rasgos que enmarcan la organización y la acción colectiva -podríamos hablar de cierta tradición de lucha característica del espacio analizado- para indagar luego en qué medida esas herencias de lucha son reinterpretadas a la luz de las transformaciones políticas más generales y las experiencias particulares del Barrio Nicole.

2. TERRITORIO Y SEGREGACIÓN URBANA

El crecimiento de las desigualdades, producto de las políticas neoliberales de los 1990, tendió a cristalizarse en el territorio, reproduciendo y profundizando la dualización de la estructura social (Cicoella, 2000). Por un lado quedaron algunos sectores de clase alta y media que se integraron a los procesos de cambio y cuyos ámbitos residenciales se convirtieron en “ciudades amuralladas” protegidas contra los avatares de la vida cotidiana. Pero, por otro

lado, también como característica de las ciudades globales, las condiciones de vida se fueron deteriorando y con ello ciertos ámbitos residenciales se hicieron cada vez más precarios.

La capacidad de dominar el espacio, en especial apropiándose (material o simbólicamente) de los bienes escasos (públicos o privados) que se distribuyen en él, depende del capital que se tiene. Éste permite mantener a distancia a las personas y las cosas indeseables, al mismo tiempo que acercarse a las personas y las cosas deseables (debido, entre otras cosas, a su riqueza) y minimiza de ese modo el gasto (en particular de tiempo) necesario para apropiarse de ellas: la proximidad en el espacio físico permite que la proximidad en el espacio social produzca todos sus efectos al facilitar o favorecer la acumulación de capital social y, más concretamente, al posibilitar el aprovechamiento constante de los encuentros a la vez fortuitos y previsibles que asegura el hecho de frecuentar los lugares de “buena concurrencia” (la posesión del capital asegura además la cuasi ubicuidad que hace posible el dominio económico y simbólico de los medios de transporte y comunicación, a menudo reiterada por el efecto de la delegación, poder de existir y actuar a distancia por persona interpuesta). A la inversa, quienes carecen de capital se mantienen a distancia, ya sea física o simbólicamente, de los bienes socialmente más escasos, y se los condena a relacionarse con las personas o bienes más indeseables y menos escasos. La falta de capital intensifica la experiencia de la finitud en la medida en que encadena a un lugar (Bourdieu, 1999).

En este marco, la distribución espacial tiende a trazar fronteras claras entre la posición ocupada por unos y por otros, consolidándose una estructura territorial de características excluyentes¹ (Clichesvsky, 2000), en donde los espacios otrora de integración -aunque esta haya sido una integración por subordinación- van siendo reemplazados por lógicas de segregación.

Durante los noventa fue tomando forma ese pasaje de una ciudad vinculada a una sociedad integrada construida sobre la oposición entre dominantes y dominados, característica en la Argentina del modelo de industrialización

¹ La segregación residencial significa distanciamiento y separación de grupos de población de una comunidad, puede concretarse en segregación localizada (cuando un sector o grupo social se halla concentrado en una zona específica de la ciudad, conformando áreas socialmente homogéneas) o excluyente (ausencia de integración de grupos sociales en espacios comunes a varios grupos). No existe segregación cuando habiendo heterogeneidad socioeconómica, la población perteneciente a distintos niveles, vive mezclada desde la totalidad de ciudad hasta el nivel de su manzana.

sustitutiva, a otra sociedad marcada por la distancia entre los que están afuera y los que están adentro, entre los integrados y los excluidos, una sociedad marcada por sus fronteras (Améndola, 2000).

Se desarrolla así un proceso de segregación que impone ciertas particularidades a la sociabilidad que se despliega en cada uno de los ámbitos espaciales. Así, se van generando ciertos espacios de relegación (Auyero, 2001: 46), a partir de los cuales y en confluencia con otros fenómenos, se construyen nuevas relaciones sociales, produciendo la emergencia de nuevos actores políticos.

Estos espacios de relegación a su vez tienden a profundizar el deterioro de las condiciones sociales en dos sentidos: primero hacia afuera, ya que estos espacios son relegados, ocultados y estigmatizados y segundo hacia adentro, en la medida en que tienden a ser espacios con un medio ambiente contaminado, que a su vez no gozan de servicios públicos como otros ámbitos habitacionales, desde carencia de transporte público a ausencia de escuelas y servicios de salud.

Siguiendo a Kaztman (2001), el aislamiento social de los pobres en los espacios urbanos se transforma en un obstáculo importante para dejar de ser pobres, lo que produce que la pobreza urbana aislada socialmente se constituya en un caso paradigmático de exclusión social. En los contextos segregados con alta concentración de la pobreza, la segregación residencial obstaculiza el proceso de formación de capital social de sus residentes, principalmente, por el distanciamiento físico y los reducidos ámbitos de interacción con otras clases (Molinatti, 2013).

Sin embargo, las experiencias vividas en esos espacios y sus traducciones subjetivas, posibilitan la creación de nuevas lógicas de acción sustentadas sobre el territorio, a partir de los espacios relacionales donde los actores realizan su acción. Siguiendo a Javier Auyero (2001:60) “en esos espacios /lugares el proceso de empobrecimiento y la desconexión del mercado laboral, no sólo representan una nueva forma de privación material y desigualdad sino que implican un cambio cualitativo en las relaciones sociales...” y desde el punto de vista de este análisis, agregaríamos que estos espacios /lugares se convierten en el ámbito de referencia para la construcción de nuevos lazos sociales, a partir de los cuales se articulan nuevas manifestaciones políticas, que se vinculan con los procesos de transformación desarrollados a lo largo de la década de 1990.

Así, el mencionado proceso de dualización que se consolidó en la década neoliberal tuvo una fuerte traducción en el espacio físico, creando espacios delimitados con fronteras precisas.

Dichos procesos de segregación se fueron consolidando a medida que las políticas de los 90 profundizaron lo iniciado en 1976. En este sentido, el trabajo como elemento integrador que permitía la movilidad social ascendente, fue perdiendo lugar en el marco de las reformas neoliberales. Por un lado, la pauperización de los asalariados, su precarización y la creciente expansión de la desocupación, fue dando lugar a que estos espacios de segregación, lejos de convertirse en ámbitos de paso, en el punto de partida para procesos de integración mediante una inserción laboral estable, se convirtiesen en estructuras marginales permanentes. Junto a ello, el claro retiro del Estado de la problemática de la vivienda y la mercantilización por la ausencia estatal de mecanismos de integración (por ejemplo la escuela pública) profundizaron el deterioro de las condiciones de vida de la población. La recuperación del empleo modificó en parte la situación de estos sectores a partir de una incorporación endeble al mercado de trabajo. El ingreso al mercado de trabajo precario –atendiendo a sus diversas graduaciones que van desde la condición de no registro, pasando por asalariados que perciben una parte de sus remuneraciones sin el control tributario, hasta situaciones de trabajadores excluidos de toda representación sindical– permite una salida de las profundidades de la pobreza, pero no revierte los procesos de desintegración social.

3. ENTRAMADO URBANO EN UN BARRIO MARGINAL: LAS MARCAS DE LA DEGRADACIÓN DEL TERRITORIO Y SU RECOMPOSICIÓN A PARTIR DE LA REDISTRIBUCIÓN DEL INGRESO

El barrio Nicole está ubicado en el partido de La Matanza. Este partido es el municipio más extenso del conurbano bonaerense, cuenta con una superficie total de 325,71 km². La transformación urbana de la zona se inicia después de 1930 con el aporte de las corrientes inmigratorias europeas y el afluente proveniente de las provincias y, más tarde, de países limítrofes atraídos por la gran cantidad de fábricas que comenzaron a radicarse en el partido durante el período de industrialización por sustitución de importaciones en la década de 1930 y que se profundizó en las décadas siguientes (1940-1950). Estos procesos modificaron drásticamente la estructura sociodemográfica a partir de la multiplicación de las fuentes de trabajo. Además de ser el más extenso, La Matanza es el partido más poblado de la provincia de Buenos Aires (con

1.775.816 habitantes²), superado sólo por cuatro provincias (Buenos Aires, Córdoba, Santa Fe y la Capital Federal).

Actualmente en la zona conviven barrios residenciales y de emergencia (que se convirtieron en permanentes)³ y un tejido productivo de aproximadamente 7.000 fábricas de escala media. Las industrias del distrito son en su mayor parte metalúrgicas⁴, seguidas por la industria del calzado -que representa el 70% de las empresas productoras y proveedoras de la industria del calzado del país- y por último la del plástico, seguida de producción agropecuaria. También hay papeleras, textil, madera, pintura, químicos, caucho y construcción. Sin embargo, cuando se analiza el mercado de trabajo se observa que en el municipio de La Matanza es amplia la participación de las ramas de comercio y reparaciones, que emplean a un 20,9% de los ocupados. Los servicios comunitarios y personales se ubican en segundo lugar con 15,9%. En un tercer lugar encontramos al transporte y almacenamiento 11,7%, la industria manufacturera 10,9% y la construcción 10,6%.

La tasa de actividad era hacia 2011 del 40,6% de la población urbana total y muestra variaciones entre distintos grupos poblacionales. Las mayores tasas de participación en la actividad económica se encuentran entre los hombres (52,1%), los jefes de hogar (65,7%) y entre personas de 30 a 64 años (70,6%). El 37,1% de los habitantes urbanos del municipio se encuentran ocupados. Entre los hombres, la tasa de empleo llega al 48,5% mientras que entre las mujeres es del 25,1%.

La desocupación constituyó uno de los emergentes más visibles de la crisis de 2001 que llegó al 22,5% en 2004 disminuyendo de manera constante a partir de ese momento⁵. En este cuadro la desocupación femenina alcanza, en 2011

² En el marco del sistema electoral argentino, esto se traduce en un gran peso político; con casi 900.000 electores, La Matanza tiene influencia para definir una elección nacional.

³ El partido de La Matanza está dividido en tres áreas: el área 1, lindera a la ciudad de Buenos Aires, el área 2, ubicada en el punto intermedio y el área 3, la más extensa y donde se ubican los indicadores socio-demográficos, de mercado de trabajo y pobreza e indigencia más agudos.

⁴ Los datos de La Matanza que se presentan a continuación corresponden a la Encuesta de indicadores del mercado de trabajo en los municipios de la provincia de Buenos Aires, 2011.

⁵ Indec y Encuesta de Indicadores del Mercado de Trabajo en los Municipios de la Provincia de Buenos Aires.

al 11,4% mientras que entre los hombres es del 6,1%. Es en el grupo etario de jóvenes de 14 a 29 años (13,4%) y en los componentes adicionales del hogar (11,2%), con las marcas más elevadas.

Con la crisis socioeconómica generada por la implosión del régimen de convertibilidad y las características que asumió la política económica de salida de ese régimen la Argentina alcanzó niveles nunca antes vistos de pobreza. Así, para octubre de 2002 el porcentaje de personas que se encontraba bajo la línea de pobreza llegó al 57,5% y la indigencia a 28,7%. Ambos guarismos fueron disminuyendo hasta alcanzar 24% y 8,7% respectivamente en 2009.⁶

Estos datos de La Matanza nos permiten como referencia inmediata contextualizar lo que sucede en el barrio Nicole. Al incorporar el análisis sobre el mercado laboral en el barrio, lo primero que sobresale es la caída de la desocupación, que pasó de 24% a 16% entre los años de referencia (2003-2013), aunque no tuvo la profundidad alcanzada en el nivel del distrito. Esta caída en la desocupación estuvo dinamizada por la creación de empleo, más allá de los planes que sirvieron para amortiguar los efectos de la crisis de 2001; la tasa de desocupación ascendía al 58% en 2003 si se computaban los trabajadores con planes, y descendió esta cifra al 24% diez años más tarde.⁷ Se observa así la pérdida de importancia de los planes que en 2003 caracterizó a estos barrios como “barrios bajo planes”.

No obstante, la caída en el desempleo debe leerse también a partir de otros datos como la tasa de actividad y el empleo, los cuales, en primera instancia van a contramano de lo ocurrido en el mercado de trabajo nacional. En este sentido se observa una caída importante tanto en la tasa de actividad como en la de empleo, lo que estaría marcando un retiro del mercado laboral de una amplia franja de trabajadores, los cuales, por diversos motivos ya no buscan empleo. Otro dato importante que se observa entre los años de referencia, es la caída experimentada por el trabajo no registrado entre los asalariados, aunque se mantiene en niveles elevados, pasó de 84% en 2003 a 61% en 2013 (recordemos que la tasa en el nivel país rondaba entre 35 y 40%).

Asimismo, al considerar las formas de inserción laboral en 2013, se destaca un aumento de 15 puntos en la categoría obrero o empleado y concomitantemente, una disminución del cuentapropismo característico de

⁶ Encuesta sobre las condiciones de vida en La Matanza 2009

⁷ Los datos presentados sobre el Barrio Nicole son de elaboración propia en base a encuesta 2003 Ceil-Conicet y 2013 Ubanex-UBA. Para precisiones metodológicas del relevamiento Ver Anexo.

estos sectores ya que actúa como actividad refugio. Además, se aprecia un aumento de la categoría patrón que respondería al crecimiento observado de comercios minoristas en el propio barrio.

Otro dato que recupera uno de los elementos clásicos de la relación salarial y de ese modo de la configuración de la condición obrera, está vinculado con la permanencia en el puesto de trabajo, proyectando grados de previsibilidad de la relación laboral. Un dato muy significativo es que prácticamente se duplicó la condición de permanente, ubicándose en 2003 en torno del 29% y en 2013 llega a 60%.

Al considerar los datos básicos del mercado de trabajo del Barrio Nicole para el año 2013, se observa la problemática que enfrentan las mujeres; mientras la desocupación femenina se mantiene en niveles muy elevados (34% frente a 8% de los hombres), tanto la tasa de actividad (39% para hombres y 25% para mujeres) como la de empleo (38% hombres y 19% mujeres) presentan diferencias significativas, demostrando las dificultades que sufren éstas para poder obtener un trabajo.

Por otra parte, analizando el mercado de trabajo en términos etéreos, se observan elevados índices de desocupación en la categoría de menor edad, alcanzando el 28%, con una tasa de actividad cercana al 26%. Esta problemática entre los jóvenes se ve profundizada en la medida en que se avanza en el análisis articulando ocupación y educación, según el cual un alto porcentaje de jóvenes (27%) no se encuentra inserto en ninguna institución educativa, ni tampoco en relación laboral alguna. Este fenómeno se manifiesta con mayor virulencia en las zonas desfavorecidas, como en el caso de este barrio.

Estos elementos de recuperación nos llevan a considerar el nivel de integración al mercado de trabajo en torno a los criterios de informalidad presentes en el mismo, estableciendo así una aproximación al grado de precariedad en que se encuentran los trabajadores del barrio⁸: la informalidad

⁸ Así, para analizar detenidamente en la informalidad de la inserción laboral la hemos considerado a partir de dos formas que ella asume. Por un lado, la relación de dependencia, donde es la registración la que define la informalidad de la relación salarial. Por otro, aquella compuesta por los ocupados que se encuentran en las categorías de patrones o cuenta propia, y que están subocupados y además manifiestan querer trabajar más horas; a ellos se integran también los trabajadores familiares sin remuneración. La suma de estas tres categorías determina el total de la informalidad.

total alcanza al 53% de los ocupados, en tanto que entre los asalariados el no registro se ubica muy por encima de los datos del INDEC para el año 2013, alcanzado 60% de los casos. Por su parte, el 37% del resto de los ocupados, puede caracterizarse como ocupados informales. Esto se vincula directamente con las características temporales de las relaciones laborales; sólo el 60% de los ocupados alcanzan relaciones permanentes de trabajo, el 24% tiene una ocupación temporal y el 16% realiza changas. No obstante, más allá de la fragilidad de estas relaciones, han mejorado sustancialmente con respecto a 2003, cuando sólo el 29% tenía una relación de permanente.

Por su parte, si se considera el empleo no registrado en términos de género, se pudo observar que entre las mujeres, el 70% se encontraba en situación de no registro, en tanto que entre los hombres alcanzaba el 55%, siendo a su vez en el sector de la construcción donde los empleados u obreros alcanzan al 70% de los casos. En los rubros de comercio y servicio, la no registración llega al 60%.

En términos de inserción sectorial de los ocupados, en 2013 era predominante la inserción en el sector servicios, representando el 44% de los ocupados, seguido por el sector de la construcción con el 27% y posteriormente, el 16% en comercio y el 13% en industria.

Al analizar la problemática salarial, debe destacarse que entre los empleados el salario promedio para septiembre de 2013 fue de 3113 pesos y el 50% de los asalariados ganaba menos de 3000. En este sentido, también fueron las mujeres las de menores salarios, alcanzando una media de 2188 pesos, y 3567 pesos la de los varones. Si se consideran los ingresos del conjunto de los ocupados, el promedio se reduce a 2763, poniendo de manifiesto el carácter de subsistencia que presentan los trabajos por cuenta propia. Precisamente, este dato se corrobora cuando se observa que el promedio de ingresos entre los trabajadores por cuenta propia y patrones sólo llega a 2138 pesos y la mitad de los mismos ganan menos de 2000 pesos.

Esto a su vez nos conduce al análisis de la pobreza que permite observar mejoras importantes a lo largo de la década. En 2003 el 96% de los hogares no alcanzaban a cubrir la canasta básica total (CBT), mientras que el 76% no podía satisfacer los requerimientos mínimos de alimentación. Para 2013, esta situación, se ha modificado en términos relativos, de tal manera que el 67% de los hogares no alcanza a cubrir la CBT y el 29% se encuentra en situación de

indigencia, ya que no alcanza a cubrir la canasta básica de alimentos⁹. Por su parte, el 38% de los hogares se encuentra percibiendo al menos una Asignación Universal por Hijo (AUH) en cuyos ingresos representa el 35%; el promedio alcanza los 4100 pesos, en tanto que la media de los miembros del hogar llega a 5. A su vez, de los hogares que reciben al menos una AUH, el 82% no alcanza a cubrir la CBT y el 36% la CBA. Mientras tanto, el 62% de los ocupados no alcanza a cubrir la CBT.

Avanzando en el análisis de las condiciones habitacionales en el marco de la pobreza de carácter estructural, se destaca la ampliación y mejora del tendido de red de agua potable, las calles de asfalto y la mejora en las condiciones de los baños, cuestión sensible con relación a la salud en un territorio cercano al basurero municipal y afectado por los desbordes del río circundante. Estos avances también impactaron en la propia vivienda y en los hogares con vistas a mejorar en la infraestructura de las viviendas y disminuir los niveles de hacinamiento.

En esta misma dirección, se puede ver que han mejorado sustantivamente las condiciones de infraestructura de las viviendas (se destacan las obras vinculadas a la provisión de agua potable) aunque se mantienen carencias en obras de envergadura como la red de provisión de gas, en la medida que se incrementó de manera notoria el uso de gas por garrafa, también vinculado al subsidio del que este combustible envasado gozaba.

Las mejoras sustantivas en las condiciones de vida -infraestructura y empleo- deben ser interpretadas atendiendo a tres aspectos centrales vinculados al hábitat. El primero es el espacio ocupado, específicamente las características que presenta el medio ambiente de ese territorio para el desarrollo de la vida. El segundo son las condiciones habitacionales, los niveles de hacinamiento, el acceso a servicios básicos como también las características de la construcción y los materiales empleados en ella. Por último, el tercero de los aspectos hace referencia a las condiciones de vida de sus habitantes, tomando en consideración los elementos vinculados al mercado de trabajo y los niveles de ingresos familiares que posibilitan cubrir los gastos de subsistencia. Como resumen de lo observado, se evidencia en primera instancia, un crecimiento de la población en los ámbitos espaciales de segregación (como vimos, la población en el barrio se triplicó); el espacio ocupado presenta claras

⁹ Las canastas básicas, han sido calculadas tomando en consideración, tanto las realizadas por la Comisión técnica de ATE-INDEC, como así cálculos propios para GBA, a partir de los índices relevados por diferentes provincias.

deficiencias medio ambientales: altos niveles de contaminación, inundable y carencias de infraestructura, lo cual impediría la instalación de viviendas en ese ámbito. Sin embargo y más allá de las carencias observadas en el espacio ocupado, se pudo constatar una mejora en las condiciones habitacionales y también en la incorporación al mercado de trabajo, que posibilitó la salida de la indigencia de muchos de sus habitantes.

4. MOVILIZACIÓN Y LUCHA POLÍTICA

No puede entenderse el presente del Barrio Nicole sin caracterizar su inserción en el contexto histórico, político y económico local y nacional. El desarrollo industrial de la región fue constituyendo históricamente una clase obrera con gran capacidad de movilización de la mano de sindicatos con base territorial. Ésta se sustentaba en la presencia de delegados en los lugares de trabajo, en una red de seccionales sindicales con locales en las zonas con mayor concentración industrial y en un abanico de beneficios sociales que gravitaban en la vida cotidiana de los obreros (obra social, créditos y centros de recreación). Todo ello contribuía a crear una socialización obrera que fue nutriendo la fortaleza sindical. A pesar de que durante algunas décadas la región fue uno de los epicentros industriales, esos núcleos dinámicos de la economía convivían con una población empobrecida que se vio acrecentada con las sucesivas crisis y procesos desindustrializadores.

Si bien el nuevo escenario desplegado durante toda la década de los noventa y consolidado durante la crisis de 2001 se caracterizó por los altos porcentajes de desocupación y pobreza, esto mismo constituyó la condición de posibilidad para la recuperación de la acción colectiva de las organizaciones de desocupados, y devino en verdadero epicentro del movimiento piquetero. Sin embargo, la emergencia de las organizaciones de desocupados no puede explicarse solo a partir del lugar que ocupan dentro de la estructura socio-económica, sino que se entrelazan un conjunto de elementos que remiten a las dimensiones ideológicas y políticas. Estas organizaciones se sumaron a una rica tradición combativa del territorio que había ensayado sus primeras experiencias reivindicativas vinculadas a los sindicatos entre los años 1940-1970. Con la crisis de representación sindical en los ochenta, la tradición de resistencia fue recuperada en las luchas sociales con eje principalmente en los problemas de déficit habitacional (acrecentado por la falta de políticas públicas y los constantes flujos migratorios que buscaban aumentar sus posibilidades de

supervivencia ubicándose en la ciudad)¹⁰. La expresión fue el movimiento por la ocupación de tierras (Merklen, 1991) desarrollado entre fines de la década de los ochenta y principio de los noventa.

Las luchas contra el déficit habitacional en La Matanza fueron delineando un conjunto de referentes sociales y permitieron acumular experiencias organizativas eficaces, que en cuanto se evidenciaron los primeros signos de agotamiento del modelo económico hacia 1996, operaron como recursos de poder para paliar los impactos más crudos de la crisis. Las primeras acciones estuvieron destinadas a demandar bolsones de comida para contrarrestar los altos índices de pobreza e indigencia que comenzaban a desestructurar las economías domésticas. La persistencia de la desocupación y profundización de los indicadores de marginación dieron lugar a una nueva fase reivindicativa cuyo rol protagónico lo asumieron las medidas de fuerza, y los piquetes o cortes de accesos viales fueron los recursos estratégicos clave¹¹. En este contexto los planes de emergencia social eran escasos en virtud de la magnitud de la crisis y las organizaciones de desocupados se convirtieron en cajas de resonancia política de los déficits sociales.

La profunda reconfiguración económica y social planteada a partir de las grandes transformaciones antes descritas supuso una profunda *descomposición social* pero también habilitó la emergencia de un proceso de *recomposición social* en el entramado popular en términos de resistencia y organización (Svampa, 2003).

Se trata de la emergencia de experiencias que resignificaron viejas tradiciones combativas de los sectores populares a la vez que innovaron incorporando nuevas formas de expresión, de organización y nuevas consignas reivindicativas fuertemente contemporáneas, es decir, con una lectura política ajustada a la especificidad del contexto social en el que se desarrollaron. El surgimiento y la consolidación de estas experiencias permitió que la movilización social pudiera

¹⁰ Como sucede en todas las grandes ciudades latinoamericanas, el crecimiento de las coronas de la Ciudad de Buenos Aires, responde a un modelo macro-cefálico ampliándose constantemente hacia el norte, oeste y sur.

¹¹ Resulta interesante reparar en esta estrategia, ya que su eficacia en términos de las necesidades de circulación capitalista operaba, precisamente, colocando una traba al flujo continuo de mercancías. En el plano político ponía en evidencia la crisis social y finalmente, en términos organizativos, suponía una fuerte experiencia de coordinación entre las diversas expresiones ideológico-políticas que conformaban el universo piquetero. Convivían organizaciones trotskistas, maoístas, autonomistas y de raíz popular-peronista.

fijar un límite al avance del programa neoliberal, impidiendo que se profundizara aún más en sectores estratégicos de la sociedad como la educación y la salud.

Frente al grave deterioro del empleo y la degradación política de la institución sindical durante los noventa, el protagonismo de la protesta social estuvo a cargo de los denominados “movimientos sociales”, encabezados por las organizaciones de trabajadores desocupados, articuladas a lo largo de todo el país. Estos sujetos, expulsados por el modelo -y creados por él-, debieron reconstituirse a sí mismos por fuera de la lógica que los convirtió en excluidos.

Su *estrategia de resistencia* supuso la resignificación de las propias identidades tanto a partir del ejercicio de nuevas formas de protesta (cortes de ruta, piquetes) como de distintas prácticas cotidianas (desarrollo de talleres formativos, emprendimientos productivos, asambleas, etc.) que moldearon la construcción de esa nueva identidad. Dentro de las organizaciones, asimismo, se destacó la recuperación de la participación horizontal, principalmente el uso de la asamblea como modelo consensuado de toma de decisiones.

Un análisis en perspectiva permite afirmar que estas organizaciones, que mixturaron en clave territorial diferentes tradiciones de acción política e ideológica, fueron un actor fundamental para instalar el problema de la exclusión como cuestión estructural y a partir de su capacidad de incidencia, obligaron a plantear estrategias de posicionamiento frente a sus demandas al Estado y los partidos políticos.

Indudablemente, el momento más álgido y de mayor visibilización de las luchas populares se produce en el año 2001 -pico de la crisis económica/político/social-, que marca un hito, un punto de inflexión que dio lugar a un cambio de época. Este viraje se manifestó en un proceso de reconfiguración de la crisis política, del rol del Estado y del modelo económico que, como decíamos, aún manteniendo ciertas continuidades, implicó una reformulación del escenario político, económico y social marcado por modificaciones en la composición de las relaciones de fuerza.

Como hemos subrayado, La Matanza es un territorio con una intensa tradición de lucha que logró fijar un límite al avance del programa neoliberal en algunas de sus directrices. Este proceso complejo en el cual se interrelacionan las condiciones generales de existencia, la articulación de políticas públicas y la acción colectiva de las organizaciones sociales, se desplegó en el barrio Nicole por medio de la Organización 26 de Julio (luego Asociación Civil Movimiento 26 de Julio para la Promoción del Empleo). La importancia radica en que esta organización llevó adelante una estrategia que permitió articular políticas

destinadas a recomponer los lazos sociales obturados drásticamente y simultáneamente fijar una estrategia política de oposición y alianzas con otras instituciones. El origen del barrio y de la organización están estrechamente vinculados. Las dificultades habitacionales y la inexistencia de una política que resuelva la tenencia de la tierra generaron una crisis que fue canalizada por las familias mediante la toma de predios extensos donde se asentaban. En 1997 se produce la ocupación de terrenos que derivó en el surgimiento de la organización. Las primeras familias en llegar fueron aproximadamente cien y en ese momento se articuló un plan de autoconstrucción de viviendas de material. El desarrollo del barrio se estructuró fundamentalmente en base a acciones colectivas reivindicativas y también a otras ligadas a prácticas de organización autónomas. Así, se fueron alcanzando un conjunto de objetivos que posibilitaron obtener mejoras en la infraestructura barrial (el asfalto en algunas de las calles principales, un predio para la construcción de la escuela y otro donde funcionan los cursos iniciales; reparaciones y extensiones en el tendido de la red que provee el agua); el desarrollo de emprendimientos productivos como la panadería, los módulos para construcción de viviendas, talleres de costura; además se desarrollaron diversas políticas destinadas a encarar los problemas de salud, entre los que se destacan la construcción de la sala de atención médica y las campañas en contra de enfermedades como la diarrea, desnutrición y otras de transmisión sexual. Por otra parte, la acción reivindicativa de las organizaciones también posibilitó la obtención de planes de empleo con el objeto de contener mínimamente los altísimos índices de pobreza y desempleo que se registraban en esos años. La organización fue asumiendo nuevas funciones al ritmo de las necesidades de la población. Así ha desarrollado una política destinada a los desocupados, proyectos cooperativos de trabajo, habitacional, salud, educación y género. Con la disminución de la desocupación y la instalación de la informalidad y precariedad como signos distintivos del empleo, actualmente se encuentra abocada a la calidad del empleo.

En la última década, la organización 26 de Julio logró acompañar, participar e incentivar algunas mejoras de infraestructura gracias a la reactivación económica, a las políticas de Estado y a la intervención de la propia organización. Ese es el caso de la ampliación y mejora del tendido de la red de agua potable y calles de asfalto y la mejora de las condiciones de los baños, sensible al tema de salud para un territorio afectado por los desbordes del río circundante y a un basurero municipal. Todo ello supuso el involucramiento

en las políticas públicas y acciones específicas de concientización de la población a partir de diagnósticos articulados con otras organizaciones¹².

En el marco de la recuperación del mercado de trabajo, la organización ha desarrollado una estrategia de articulación con organizaciones sindicales. Precisamente, una de las novedades más salientes de esta nueva composición ha sido el protagonismo recobrado por aquellas. Luego de que durante el proceso de movilización popular de mediados y fines de la década del noventa los sindicatos tradicionalmente más importantes quedaran relegados a un papel secundario, atravesados por una profunda crisis de legitimidad, la recuperación de la actividad económica bajo un modelo de sesgo desarrollista, fortaleció notablemente la posición de fuerza del sindicalismo en su conjunto, ampliando sus márgenes de maniobra.

La reactivación se tradujo en una expansión de la base de representación en la que se asentó tradicionalmente el sindicalismo argentino y en un crecimiento exponencial y sostenido de la negociación colectiva¹³ (Palomino, 2006). Además del fortalecimiento de estas instancias de negociación, lógicamente, la

¹² Algunos de estos diagnósticos fueron realizados por los autores de esta ponencia en el marco de proyectos de extensión universitaria (Universidad de Buenos Aires) y de investigación-acción desarrollados en el Centro de Estudios e Investigaciones Laborales (CEIL-CONICET). Los datos estadísticos que se presentan a continuación son de elaboración propia. Fueron construidos gracias a la aplicación de un censo en el año 2003 y replicados en 2013 mediante una encuesta. En esta última se respetaron los criterios muestrales de representatividad. En términos temporales es sumamente significativa en cuanto abarca una etapa clave en términos políticos (inicio del ciclo kirchnerista) y económicos (etapa de crecimiento sostenido).

¹³ El año 2004 marca un punto de inflexión en la recuperación de las negociaciones colectivas, duplicando el promedio de los diez años anteriores e incrementándose un 20% con respecto a 2003. De acuerdo a los datos proporcionados por el Ministerio de Trabajo, Empleo y Seguridad Social la cantidad de Convenios Colectivos de Trabajo homologados pasó de 380 en el año 2003 a 1027 en 2007 y siguió incrementándose en los años 2008 y 2009 con 1.231 y 1.331 acuerdos y convenios firmados, respectivamente (MTESS, 2010). De acuerdo al análisis de los investigadores del Ministerio, esta revitalización se refleja en todos los niveles, es decir, tanto en la reapertura de la negociación a nivel de actividad, que prácticamente se había abandonado en la década del noventa, en las negociaciones por empresa, que habían mantenido su dinamismo en esa época y también en las nuevas unidades de negociación que surgieron impulsadas por el crecimiento económico (Palomino y Trajtemberg, 2007).

intensificación de las luchas gremiales derivó en una expansión e incremento de la conflictividad laboral manifiesta¹⁴.

Uno de los elementos más notables de este proceso de recuperación del protagonismo sindical es la reactivación de ciertos niveles de organización y conflictividad en las instancias de menor escala, es decir, en los propios lugares de trabajo. Este fenómeno se inscribiría en una tendencia reciente hacia la *descentralización de la conflictividad obrera* que, a su vez, se vincula a una larga tradición del movimiento obrero argentino de penetración capilar en los espacios productivos y gran fortaleza de estas organizaciones de mínima escala.

De acuerdo con los datos de la Central de Trabajadores Argentinos, en los últimos años (en especial a partir del año 2003), los conflictos en el lugar de trabajo (planta, edificio o dependencia estatal específica) representaron entre un 60 y 65% de la conflictividad general. En el ámbito de los asalariados privados, este porcentaje se eleva a un promedio de 77%. Asimismo, se evidencia un crecimiento sostenido de los reclamos iniciados por sindicatos locales o seccionales, que ganan terreno progresivamente, pasando de representar alrededor del 50 % en 2007 a más de un 75% en la primera parte de 2010 (ODS, 2010). A esto se le suma una porción de conflictos (entre el 12 y el 14%) protagonizados por trabajadores no encuadrados oficialmente en ningún sindicato. Junto con estos datos aparecen también otras variables que, indirectamente, aportan a la posibilidad de rastrear un proceso de reactivación de la actividad y organización en los espacios de trabajo en los últimos años. Por un lado, la existencia sostenida de un porcentaje significativo de conflictos articulados por disputas de representación, que incluye centralmente a los conflictos por enfrentamientos intrasindicales o disputas por encuadramiento; por otro aquellos suscitados por discriminación sindical, prácticas antisindicales o negación del reconocimiento a la actividad sindical por parte de la empresa, que se mantiene cercano al 20%.

A la hora de pensar las condiciones de emergencia de esta nueva conflictividad en el ámbito del trabajo, podemos señalar tres factores que ayudan a entenderla en la nueva etapa (post 2003), incluso más allá de la esfera estrictamente sindical. Por un lado, es insoslayable la influencia de la

¹⁴ Las estadísticas del propio Ministerio de Trabajo marcan claramente esta tendencia de ascenso de la conflictividad en el período, señalando un incremento sostenido de la categoría de “conflictos con paro” que acumula un total de 770 para 2006, 838 para 2007, 839 para 2008, 874 para 2009 y 497 para el primer semestre de 2010 (MTESS, 2011).

recuperación de las experiencias de resistencia al programa neoliberal de los noventa y principios de los 2000, que contribuyeron a la reconfiguración de las luchas populares, tanto dentro como fuera del mundo del trabajo. En este sentido, aparece como condición necesaria para el surgimiento de estas nuevas expresiones una reconfiguración político-subjetiva que encuentra sus raíces en los procesos de lucha de fines de la década de los noventa y del estallido popular de diciembre de 2001. Se trata fundamentalmente de la recuperación de un postulado básico de cualquier lucha popular que la hegemonía neoliberal había logrado desdibujar: la creencia en la posibilidad de transformación social mediante la acción colectiva. Esa reafirmación que, contra el miedo y el escepticismo reinante en la época, realzaron los movimientos sociales, con los trabajadores desocupados a la cabeza, en la nueva etapa, y a partir de cierta propagación de luchas exitosas, vuelve a instalarse con más fuerza, especialmente en el mundo del trabajo asalariado.

Por otra parte, ha sido muy importante el *cambio en el posicionamiento del Estado* para con las organizaciones y las disputas de la clase trabajadora. Desde el Estado, vía el decreto de la reapertura de las negociaciones colectivas, se toleró y avaló el conflicto social (especialmente hasta 2007) retaceando el uso de la conciliación obligatoria y se promulgó la ley laboral que terminó con los contratos basura (Etchemendy, 2011). El aparato estatal en general y el ministerio de Trabajo, en particular, han propiciado una política de diálogo -materializada, como veíamos anteriormente, en el retorno de la negociación colectiva- que ha tendido a reubicar al aparato estatal en el lugar del “árbitro”, recomponiendo la idea de un conflicto social con tres partes (capital, trabajo, estado) en el cual la administración tiene la decisión final. En ese esquema, el sindicalismo es el actor privilegiado para la conducción de amplias franjas de las clases subalternas, en la medida en que pareciera más compatible con la gobernabilidad que otras expresiones menos articuladas de la protesta social (Campione, 2005).

Finalmente, merece destacarse la relevancia de la presencia de un factor generacional en las luchas populares. En términos generales, esta militancia joven ha cobrado un claro protagonismo, aportando como rasgos característicos de su militancia la legitimación de la acción directa como herramienta de lucha y ciertas prácticas vinculadas a una participación y dinámica más horizontalizada dentro de la organización. En las luchas sindicales en particular, esta presencia generacional, como *ethos* militante (Svampa, 2008), ha introducido demandas y prácticas innovadoras, logrando insertar algo de la lógica de los movimientos sociales en el registro sindical tradicional, que así lo renuevan.

5. CONCLUSIÓN

A lo largo de este trabajo intentamos avanzar buscando establecer las características centrales y los cambios que se han dado en un espacio emblemático de segregación, permeado por profundos déficit en las condiciones materiales de existencia. Para observar de qué modo el crecimiento económico vislumbrado entre 2003 y 2013 se articuló en un barrio de la periferia del AMBA, se desarrolló una investigación en el barrio Nicole del partido de La Matanza. Los datos relevados permiten observar una mejora sustancial en las condiciones de vida de la población en términos relativos, lo cual se corrobora por la reducción de los niveles de pobreza e indigencia, como también en las tasas vinculadas al mercado de trabajo y las mejoras en las condiciones habitacionales. Estas mejoras fueron acompañadas y estimuladas por la principal organización territorial que opera en el barrio, recuperando prácticas y tradiciones de acción política atentas a las diversas demandas y reivindicaciones de la población. También la recuperación del trabajo permanente y de las relaciones salariales producidas en el marco de la acción política, combina al actor sindical y a las propias organizaciones territoriales, repolitizando así los espacios públicos.

Por otra parte, a pesar de la mejora de los indicadores de las condiciones de vida, se observa la debilidad de la integración al mercado laboral, corroborada por las formas frágiles de inserción ocupacional, en la medida en que la informalidad sigue dominando las relaciones del trabajo y adquiere un carácter prácticamente estructural. Se confirma, al mismo tiempo, la mayor incidencia de la precariedad laboral (inestabilidad, desocupación, informalidad) en los sectores tradicionalmente más vulnerables, como son las mujeres y los jóvenes.

Asimismo, se pudo observar que en términos comparativos, las mejoras desarrolladas en el barrio no han tenido la profundidad observada en la región metropolitana en su conjunto, como tampoco en el partido de La Matanza. Si bien estas mejoras han sido importantes, la segregación espacial no permite avanzar en los procesos de integración, resaltando así el rol preponderante del espacio en el proceso de reproducción social. Es por ello que para que los cambios reflejados por los datos empíricos tiendan a consolidarse se requiere un conjunto de medidas que permitan sostener en el tiempo las mejoras analizadas, y poder así revertir los condicionantes estructurales a los que está sometida esta población, prototípica de la periferia urbana del área metropolitana.

Para abordar los desafíos pendientes creemos que se deben contemplar en términos políticos tres elementos cuya articulación permitiría consolidar los

procesos iniciados en 2003, tributarios a su vez de las grandes movilizaciones de 2001-2002. En primera instancia, difícilmente se podrá aspirar a mejoras sustantivas en el mercado del trabajo sin un **crecimiento de la economía**. Aquí se abre el debate sobre qué tipo de **modelo de desarrollo** podría garantizar otra década con resultados positivos en el PBI; en qué medida la matriz productiva requiere romper la concentración en manos de grandes grupos económicos y multinacionales que en momentos críticos aplican todo su poder de gravitación sobre las principales variables económicas como puede observarse claramente en su gran capacidad en la determinación de los precios -lo cual supone la principal razón de la inflación- y su intervención en las muchas corridas financieras que sufrimos en los últimos diez años en manos del capital especulador. También la pregunta por el modelo de desarrollo invita a pensar cómo diversificar la producción para escapar del modelo exclusivamente extractivista o de producción de materias primas; en qué medida se podría recomponer una matriz para que fuera más diversificada y qué tipo de relación se entabla entre el modelo de desarrollo y las altas tasas de trabajo no registrado e informalidad en el mercado laboral.

En segundo lugar, el crecimiento económico debe acompañarse por una mayor **distribución de la riqueza**. Ello permitirá consolidar las mejoras en las condiciones de vida, llegar a sectores excluidos, aportar oportunidades de integración y desarrollo a poblaciones castigadas históricamente por las políticas de ajuste. La historia reciente ha demostrado que los países pueden crecer pero no necesariamente la riqueza producida se distribuye en forma más equitativa. Para ello resulta urgente una **reforma tributaria** que incluya en el tributo gran parte del sector financiero, como también su organización en términos progresivos, es decir que los sectores altos en recursos aporten en mayor proporción que los bajos. Por su parte, se requiere una **mayor intervención del Estado** en las cadenas de valor, detectando sectores con rentas extraordinarias; ampliar y mejorar los programas gubernamentales de sostenimiento de sectores más vulnerables, incentivos al consumo y a la producción.

Para que estos procesos puedan sostenerse en el tiempo y en vistas de las correlaciones de poder existentes -que son a su vez cambiantes en función de las configuraciones internas y externas al país- es imprescindible una **mayor participación popular** y **afianzar los canales democráticos de intervención** para disminuir los ámbitos de producción de lo público regidos por la discrecionalidad y la lógica de los privilegios. Esta mayor participación popular permitirá legitimar los procesos de transformación y simultáneamente aportar en su orientación con ideas, conocimiento de las particularidades territoriales y

los saberes acumulados en los procesos de lucha social; en definitiva, haciendo jugar al intelecto colectivo para oponerlo a la ideología tecnocrática legitimadora de los programas de ajuste. En este sentido, es importante señalar que la disputa es de orden material –condiciones de vida y reproducción– pero también simbólica –los marcos ideológicos desde los cuales interpretamos la realidad social y fundamentalmente definimos los límites de lo posible. De allí la necesidad de abrir nuevos ámbitos de debate que puedan sumarse a los ya existentes –por ejemplo DDHH e igualdad de género– llegando a campos como la justicia, el modo en que se da la construcción de los poderes locales y la cultura.

BIBLIOGRAFIA

- AMÉNDOLA, G. (2000), *La ciudad postmoderna*, Celeste Ediciones, Madrid.
- AUYERO, J (2001), *La política de los pobres. Las prácticas clientelistas del peronismo*, Cuadernos Argentinos Manantial, Bs. As.
- BEAUD, S. y PIALOUX, M (1999), *Retour sur la condition ouvrière*. Paris: Fayard
- BOURDIEU, P. (1999), “Efectos de lugar”. En P. Bourdieu (Ed.), *La miseria del mundo* (pp. 119-124). Madrid: Fondo de Cultura Económica. Disponible en <http://es.scribd.com/doc/87407773/Bourdieu-Efectos-de-Lugar>
- CAMPIONE, D. (2005), “Reaparición obrera a partir de 2004”, XXV Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología (ALAS), celebrado en Porto Alegre, Brasil, entre el 22 y 26 de agosto de 2005.
- CICOLELLA, P. (2000), “Grandes inversiones y reestructuración metropolitana en Bs. As. Ciudad global o ciudad dual del siglo XXI”, en Revista Electrónica *Mundo Urbano*, N° 5, Buenos Aires.
- CLICHEVSKY, N (2000), *Informalidad y segregación urbana en América Latina: Una aproximación*. CEPAL- SERIE medio ambiente y desarrollo, Octubre, Santiago de Chile.
- COLECTIVO ROSA BONHEUR, (2013), “De una territorialidad obrera a una territorialidad popular. Reflexiones sobre la autonomía y las dependencias de las clases populares desde una etnografía urbana comparada”, XI Congreso de Sociología española (FES), 10 al 12 de Julio, Madrid.
- DELFINI, M Y PICCHETTI, V. (2004), “De la fábrica al barrio y del barrio a las calles. Desempleo y construcción de identidades en los sectores desocupados del conurbano bonaerense”, en Battistini, O (comp.), *El trabajo frente al espejo. Continuidades y rupturas en los procesos de construcción identitaria de los trabajadores*. Buenos Aires: Prometeo.

- ESCOLAR, M (1996), "Fabricación de identidades y neo-corporativismo territorial" en Herzer, H. (Comp.): *Ciudad de Buenos Aires. Gobierno y descentralización*, C.E.AC. B.C, Bs. As.
- KAZTMAN, R. (1999), "El vecindario también importa". En R. Kaztman (Ed.), *Activos y estructuras de oportunidades de estudios sobre las raíces de la vulnerabilidad social en Uruguay* (pp. 263- 307). Montevideo: Comisión Económica para América Latina y el Caribe (Cepal)/Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD)
- KICILLOF, A. et. al (2010), "La macroeconomía después de la Convertibilidad", en CENDA: *La anatomía del nuevo patrón de crecimiento y la encrucijada actual. La economía argentina período 2002-2010*. Buenos Aires: Ed. Atuel.
- KIRSHENBLATT-GIMBLETT, B. (1996), "Ordinary People/Everyday Life", en Gmelech, G. Y Zenner, W.: *Readings in Urban Anthropology*, UA: Waveland Press.
- LOPEZ CALLE, P. (2013), "Industrialización y desindustrialización de Coslada: los efectos del proceso global de acumulación ampliada de capital en la semiperiferia europea", XI Congreso de Sociología española (FES), 10 al 12 de Julio, Madrid
- MERKLEN, D. (1991), *Asentamientos en la Matanza. La terquedad de lo nuestro*. Buenos Aires: Catálogos.
- MOLINATTI, F (2013), "Segregación residencial e inserción laboral en la ciudad de Córdoba" en EURE, vol 39. N° 117 pp. 117-145
- MTESS (2011), Informes especiales sobre conflictos laborales 2006- 2010, disponible en <http://www.trabajo.gov.ar/left/estadisticas/conlab/informesa.asp>
- MTESS (2010), Informes especiales sobre conflictos laborales 2006- 2010, disponible en <http://www.trabajo.gov.ar/left/estadisticas/negcol/informesa.asp>
- OBSERVATORIO DEL DERECHO SOCIAL (2010), *Conflictividad laboral y negociación colectiva. Informe anual 2009*. Publicación electrónica disponible en www.observatorio-juridico@cta.org.ar
- OBSERVATORIO DEL DERECHO SOCIAL (2010), *Conflictividad laboral y negociación colectiva. Informe de coyuntura- segundo trimestre de 2010*. Publicación electrónica disponible en www.observatorio-juridico@cta.org.ar
- PINAZO, G. (2011), "Comentarios sobre la relación entre el crecimiento y el empleo en la Argentina de los últimos años" En Revista *Trabajo y Sociedad*, UNSE. N° 18, Vol. XV.
- SVAMPA, M. (2001), *Los que ganaron. La vida en los countries y barrios privados*. Bs. As.: Ed. Biblos.

ANEXO: RELEVAMIENTO Y METODOLOGÍA

La investigación está centrada en el Barrio Nicole¹⁵, ubicado en el km 35 de la ruta 3 en la localidad de Virrey del Pino. En el año 2003 contaba con una población de 2000 personas, que se duplicó en 2013. El barrio se constituye en 1997 como consecuencia del notable déficit habitacional en el Partido de La Matanza. Las tierras donde está ubicado el barrio fueron cedidas a partir de la lucha de un colectivo de vecinos que constituyeron luego la asociación civil 26 de Julio y lograron establecer una política de ordenamiento urbano junto con la intervención del municipio.

Los relevamientos se llevaron adelante en los años 2003 y 2013. En 2003, se realizaron 2000 encuestas individuales y 596 de hogares, bajo el formato de censo en tanto que en 2013 una muestra probabilística por hogares abarcó 290 encuestas de hogares y 977 individuales. A partir de ello, se construyeron bases de datos que con posterioridad permitieron elaborar los indicadores referidos al mercado de trabajo y condiciones habitacionales.

Además, nos servimos de datos secundarios que analizan la evolución de la población y del mercado de trabajo en el partido de la Matanza; precisamente, estos datos se adelantan a la presentación de los provenientes de la muestra del barrio Nicole para poder contextualizar y comparar los análisis sobre el barrio.

Entre las características de la muestra del barrio Nicole se observan, en primer lugar un sostenimiento de una composición de género simétrica entre los años de referencia. Del total de las encuestas relevadas en 2013, 52% correspondían a mujeres, mientras que el 48% a hombres, manteniéndose de manera cercana a los valores de 2003 (50,5% mujeres y 49,5% hombres).

En términos etéreos, las muestras mantienen un predominio de población joven, siendo en 2013 la categoría de 25 a 49 años (32%), la de mayor preponderancia. Sin embargo, puede destacarse que la población de 0-14 años ha disminuido su participación, pasando de 50% población a 40%.

¹⁵ El artículo se desarrolló en el marco de las actividades de investigación del Centro de Estudios e Investigaciones Laborales (CEIL-CONICET) y de la carrera de Relaciones del trabajo (RT-UBA). En particular el relevamiento de 2013 fue posible gracias al apoyo y financiamiento del Programa UBANEX “*El barrio y los jóvenes: fortalecimiento de organizaciones sociales sobre condiciones de vida y empleo*”. Fue ejecutado entre abril de 2013 y abril de 2014 y contó con la participación de los docentes Marcelo Delfini, Valentina Picchetti, Patricia Ventrici, Juan Montes Cató, Walter Bosisio y Ana Drolas.

Un elemento a destacar en torno de los ámbitos de residencia son los cambios en la composición de la población del barrio en relación con la residencia anterior. Se observa que en la actualidad el 40% de la población del barrio ha nacido en La Matanza, contra el 26% del año 2003. Ello se da precisamente en un marco con un promedio de residencia en el barrio del los jefes de hogar de 10,4 años y en el cual el 50% lleva 11 años viviendo allí. Asimismo, 70% de la población tuvo como residencia anterior el mismo municipio de La Matanza. Esta configuración permite establecer el predominio de los enclaves vinculados a la pobreza, lejos de la suposición, durante el modelo de sustitución de importaciones, de ámbitos de paso a situaciones de mejores condiciones de vida a partir de su inserción en el mundo del trabajo (Delfini y Picchetti, 2004).

Al considerar a los jefes de hogar, se puede destacar que entre ellos sólo 17% había alcanzado un nivel de estudios secundario o más en 2013. Entre los años de referencia se produjo un cambio en la composición de los jefes de hogares, cuya participación de mujeres ha crecido, representando 34% de los jefes de hogar en 2003 y 45% en 2013.

En torno al mercado de trabajo, se consideran centrales algunos datos, tales como tasa de actividad, empleo, desempleo, trabajo no registrado e informalidad. En tanto que, para el análisis de la infraestructura se presentan algunos datos básicos, que permiten comparar los años en que se llevaron adelante ambos trabajos de campo. Por su parte, esta dimensión es significativa también como componente de la medición de pobreza por NBI.